

FIGURAS DEL ANIMAL DE TREN

J. Miguel Marinas

Para Carlos y Marina

El tren es metáfora y emblema del viaje. Pero también de la suspensión del ritmo y del tiempo de la vida urbana. Lo que sigue pretende recorrer alguna de las marcas, escenas, figuras que el tren articula, o que hemos ido armando al hilo del ir y venir. Al hilo de un viaje a todas partes. Por eso puede decirse que se trata de trashumantes —donde los ejes norte-sur son, para lo nuestro, ejes fundacionales—, pero también de transeúntes.

Animal de tren

Era un animal de tren. Se presentaba así como una de sus definiciones o máscaras —con lo que éstas tienen de ocultamiento y del refresco momentáneo al que damos en llamar identidad.

Era no sólo la memoria, la imaginería poderosa e insistente, de los antepasados, que contaban sus peleas con el tren animal, para domarlo en los repechos bercianos, para llevarlo —más cerca en el tiempo— como un monstruo familiar, en largas rutas hasta el final del laberinto, del recinto de la tierra firme, por donde entraban gentes de acentos blancos y angulosos. Era una huella entera, un estigma que emboscaba, ya de viejo, en múltiples gestos —la consulta furtiva del Roskopf entre la mano y el bolsillo del chaleco, la corrección de imprecisiones, de los suyos, de la gente, al nombrar los viajes, las rutas, los objetos, pero también una manera de mirar: el día, las luces del norte, las maletas—. Como un experto en el despojamiento, perseguidor o melancólico, del

que estaba tejida la inmediata historia, la costumbre de medir el tiempo de la gente sin papeles.

Su compañero Jorge cultivaba durante años una fascinación que arrancaba en la sorpresa infantil: ir a ver las locomotoras que llegaban al andén, prescindiendo del resto (—A mí el tren no me interesa). El se identificaba con los agentes de ruta. Y las palabras, los nombres del oficio le resultaban cargados de más sentidos que el de derivar un mercancías, reclamar a los de clasificación o avisar vía muerta. Eran los nombres de las cosas. De todas las cosas y los actos del recorrido de la vida.

Binario

El tren divide siempre en dos la tierra conocida. Tiene —cuchilla, espejo, hilo, río— el encargo de sugerir lo doble. De instaurar la geometría escolar, trayendo al suelo las rectas paralelas, para alivio de aprendices de Platón. De marcar procedencia y destino. Trenes que nacen y mueren.

—Vietato traversare i binari.

La prohibición del cartel en la estación de Ancona, especialmente dirigida a especialistas en señales. Pero también a todos los que pasan intercambiando gestos, pasos o pañuelos. Deteneos —puede leer también el avezado en trenes— en lo doble del sentido. Respetad los espejos. Pasad, advirtiendo lo que hacéis, al otro lado.

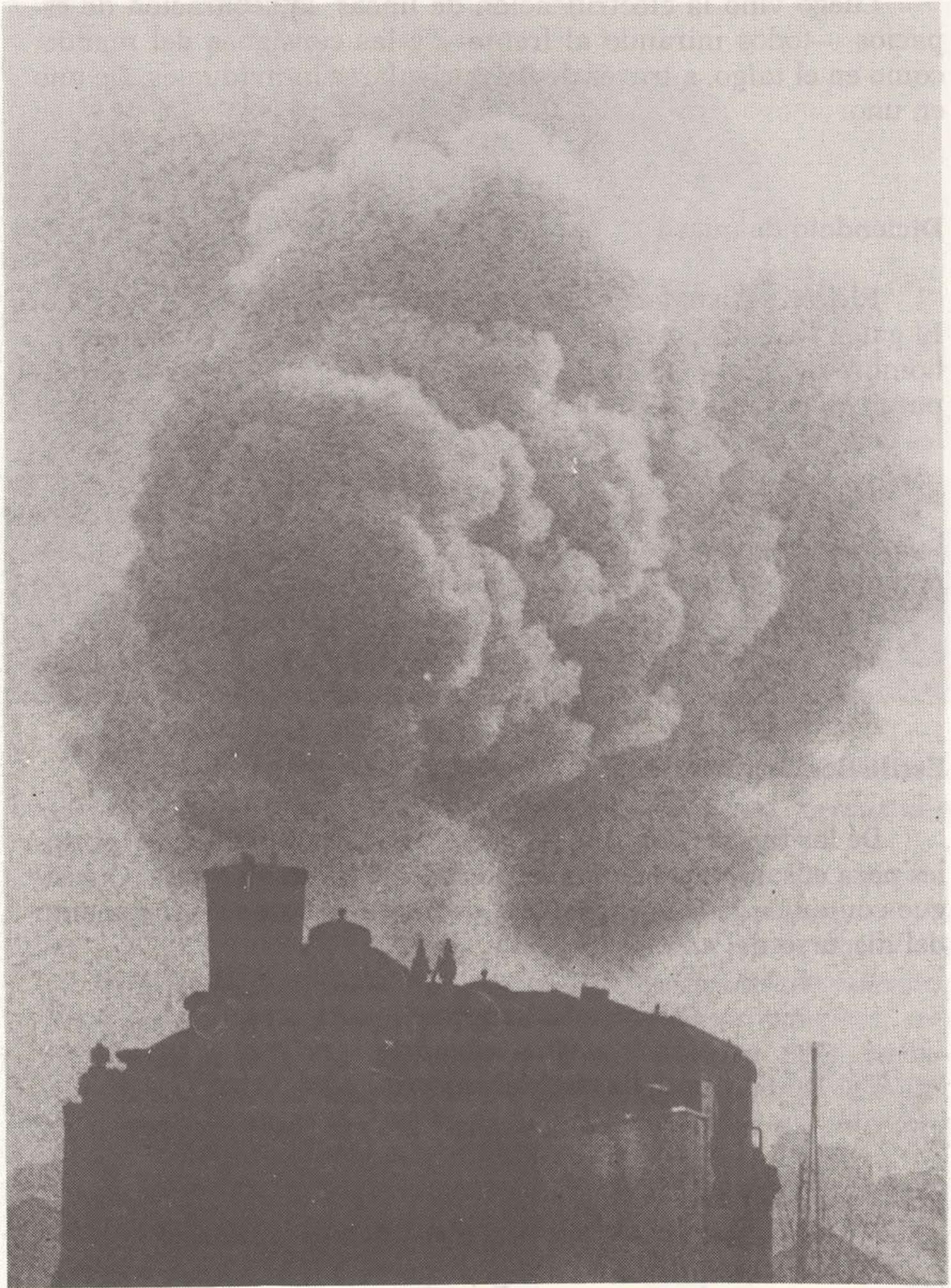
Cabo primera

En la estación de Venta de Baños, nudo de la red de todo el norte, se zanjaban los dilemas de un viaje. Miranda o Medina como disyuntivas de ruta y, de ahí, un norte u otro.

Pero también dormir o velar, fatalmente, pegar la hebra o mantener el parapeto. Romper o no romper la fórmula del reconocimiento:

—¡Así que usted va también a Ventadebaños!

Cuando las vías del viaje, de la complicidad tejida en los apeaderos, más o menos tolerante, chirriaban en conflicto, surgía —por ensalmo, por frecuencia— una figura menor de la Autoridad. Esto es, del mando.



Las estaciones se suceden, el tren no para, la gente, en grupos...

Muchas historias de los trenes cobraban color e interés cuando alguien decía:

—Pues precisamente en Venta de Baños se levantó un cabo primera y le dijo...

Los que tanto tenían de plazas desplazándose se convertían en trenes rigurosamente vigilados.

Luego vino la electrificación de líneas, la separación de espacios —todos mirando al frente— y las consignas del mando, como en el talgo, a través de los auriculares individuales. De uno en uno.

Diciéndolo de nuevo

El tren resiste las ráfagas de viento. Los chopos se comban. El galgo se enrosca sobre sí mismo con los ojos entrecerrados. El hombre del arado se agacha una vez más hasta doblarse en dos para volver la reja. Luego endereza el cuerpo sujetando los carriles con las manos. Y ve el tren.

La recta imparable. Y en el vagón azul, con rostro grave, un hombre de cabeza poderosa y lazo moteado de piqué oscuro, sueña una geometría espiritual de la meseta.

Las miradas se encuentran. El tren sigue.

Estilística ferroviaria

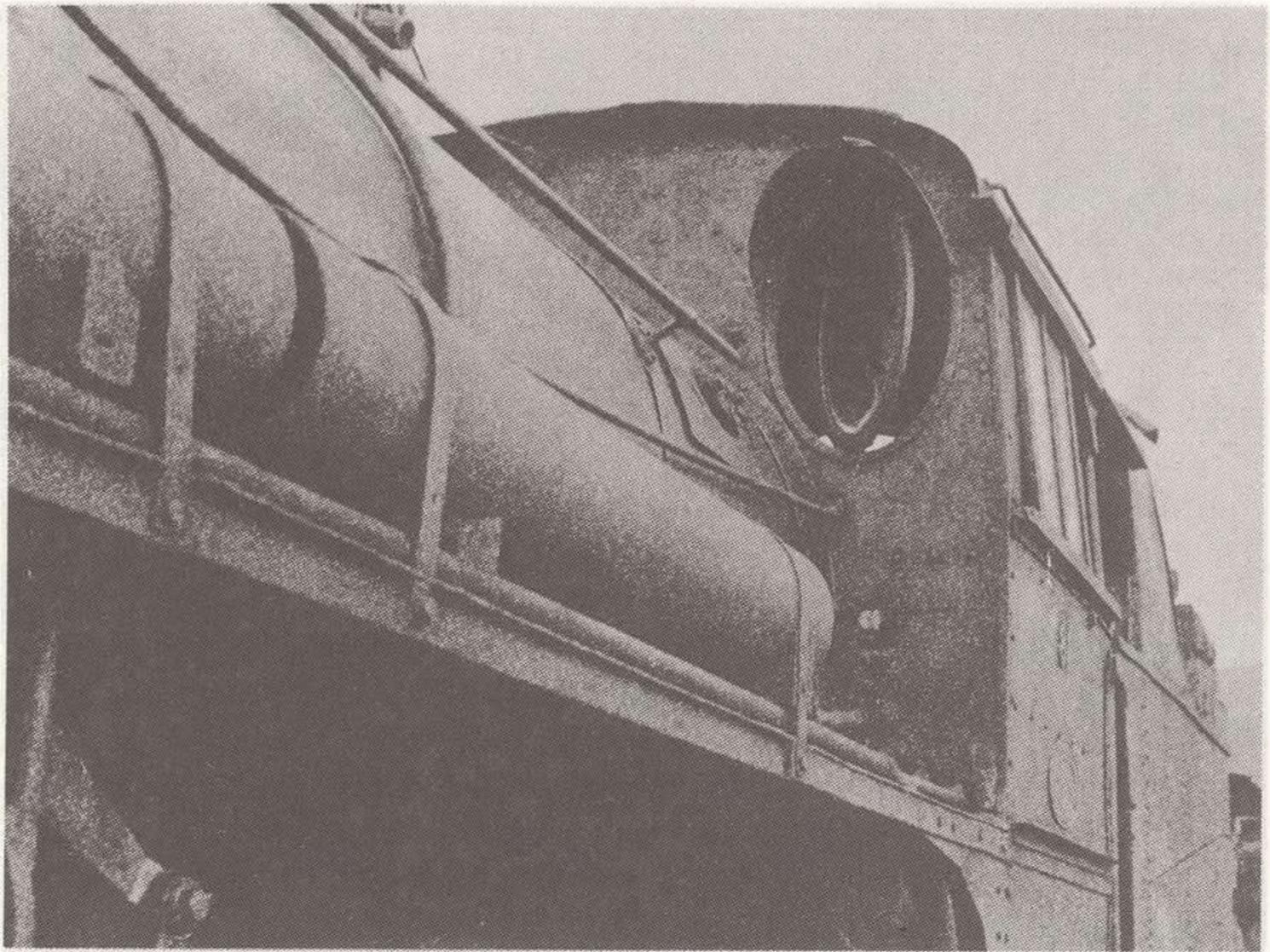
De las figuras del tren, de las que han ido saliendo de los raíles para ensamblarse en las secuencias de las hablas, una. Que sigue conteniendo la sorpresa y la desmesura, como un fragmento del discurso del amor:

Que te estoy queriendo a ti
con la misma violencia
que lleva el ferrocarril.

Fin (y medios)

Lo contaba Luisa a su amigo:

Era, cómo decirte, un viaje distinto a todos. La gente va tranquila, hacia el norte, Gijón, cada uno en su sitio, alguien en el pasillo, las parameras con sol, por la tarde, las ráfagas al cruzarse con otro tren. Hay como varias personas, pero sobre todo un hombre, con una expresión un poco vuelta sobre sí, con los ojos fijos o un poco mirando a los demás como si para hacerlo tuviese que venir de otro sitio, de adentro. No se mueve casi. La gente mira, comenta los nombres de las estaciones, hace cálculos sobre la marcha, el tiempo que falta para que todo acabe. Al otro extremo hay una niña como de once años. Viaja sola y sólo da las gracias cuando la señora ma-



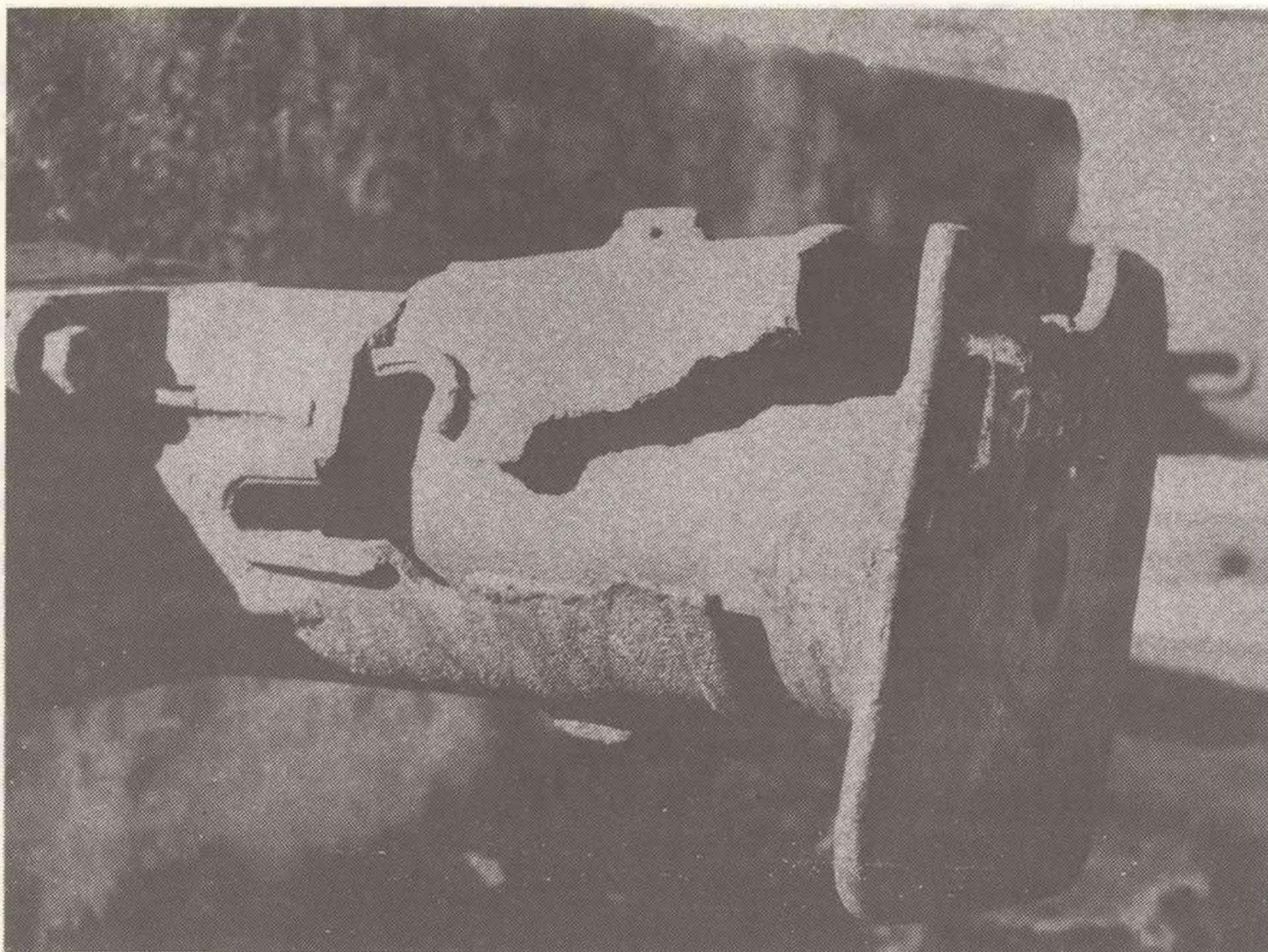
yor le ofrece una revista pero no la lee. Algo pasa afuera, porque uno del pasillo dice:

—Se está bajando gente. Se están bajando en marcha...

Hay un vuelco general hacia las ventanillas de un lado y de otro. Un hombre está levantándose del suelo y con gestos enérgicos, con los ojos de pánico, dice algo que no se entiende bien. Sólo que vayan, que se bajen. Todos se miran, alguno echa mano de la bolsa, bajan maletas, otros dudan. Del fondo del vagón sale un chico que vocea:

—No lleva maquinista. Hay que hacer algo. No lleva...

Las estaciones se suceden, el tren no para, la gente, en grupos o solos, han ido desapareciendo, arrojando bultos por portezuelas y ventanillas, ayudándose a saltar, aprovechando los tramos lentos, conteniendo las palabras, hablando muy despacio, dándose seguridad, aclamando los saltos limpios conseguidos, lamentando con rabia las malas caídas, y en el compartimiento los dos solos. Inmóviles. Reconociéndose con una sonrisa silenciosa, mirándose a los ojos. Y el tren que llega a la estación junto a la playa, y la vía sigue más allá del final del andén y continúa por la arena, derecha hacia las olas. Y el hombre extiende los brazos, ríen abiertamente, y el tren entra en el mar.



Homologías

El tren es un animal. Que tose con tos ferina. Se detiene como una caballería noble cuando Varela espera a los que van a Noya. Se deja tatuar en el Bronx (*Deja tu marca en la sociedad/no sobre ella*). Se amansa y cubre las cicatrices con gualdrapas en los remedos regionales del Oriente Express. Se añora su estampa, pueblo a pueblo, entre Zamora y Medina.

Cómo no va a reconocerse —y conmover— lo que tiene de zoo el que se empeñan en llamar Museo Nacional Ferroviario. La estación de Delicias. La reserva de trenes.

Tren interior (historia japonesa)

Manko viajaba sola. El tren silencioso y lánguido a la salida de Yuti, al alba, se convertía, siempre de forma súbita, inadvertida, en metropolitano atronador, trufado de rostros planos y cuerpos tensos que entraban y salían a los caminos y quehaceres de la gran ciudad.

Pero Manko se defendía de los ritos del ruido y de la prisa: los sonidos agudos, apenas perceptibles cuando el tren se plegaba al dibujo de las vías que bordean Uraken, crecían, fundiéndose



Fotos de Mario Rico

se con un ritmo monocorde, lleno empero de matices que uno detectaba sólo si entraba en él y no lo iba midiendo, recorriendo sus alternancias, jugando a acentuarlas a contrapié hasta que agudos y cadencias se sometían a la interior tonada, a los ictus de la cabeza reclinada, del cuerpo sentado, al gesto liso de los párpados juntos, al pliegue de los labios adelantándose un tanto o tensándose despacio, al modo en que las menudas aletas de la nariz oscilaban, como un agua que brota en tierra llana.

Era una tuba, lenta, interminable la que seguía vibrando con mucho más allá de la señal de partida en la máquina invisible. Un enorme melisma que lo envolvía todo, como una caricia detenida, como un sol sosegándose en los objetos de adentro. En las repisas de baquelita, en la montura de las gafas del anciano, en el cabello de la niña, en las telas crudas de las cortinas cerradas. En las manos detenidas sobre la falda clara.

Manko viajaba sola, todos los días, todos los meses, todos los años. Fundida con el tren. Sin ver a nadie. Sin hablar. Y, sobre todo, sin atreverse a descender jamás.

Furgón del estereotipo

La labranza, el trabajo en movimiento por el campo, símil primero de la escritura: mano de cinco bueyes, con el arado del cálamo, que siembra en campo blanco simiente negra de palabras.

¿Cómo escribir en el tiempo de los trenes? El tren que era centella con Machado, alimentando las palabras de piedra, el furgón de los estereotipos: *ya recobrados la razón y el seso/volvía de París en tren expreso; que perdió el tren de la vida/antes de ser mujer; perder el tren de la tercera/es el riesgo, ciudadanos/revolución industrial; a todo tren; tu tren de vida*. Escribir o pensar o decir sin salirse de la raya. Con palabras como furgón de cola del que se ha retirado el factor, el hombre que vivía, cocinaba y miraba desde allí.

Los emblemas de la escritura hallados en las catedrales (de Jaca, de Verona), circulando por el campo y por los burgos. Las figuras del viaje, escandiendo la vida, retejiendo los mitos. Pero sin instaurar un culto Cargo de los trenes.

Con la misma violencia.

Enero del 87
Fotos de Mario Rico